

75° Día Internacional de la Cooperación

El 4 de julio pasado se realizó, en el salón de la filial Villa Urquiza del Banco Credicoop Cooperativa Ltda., el acto conmemorativo del 75° Día Internacional de la Cooperación que, al igual que en el mundo entero, se festeja el primer sábado de julio. En la oportunidad, hizo uso de la palabra el presidente del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos y de IDELCOOP, doctor Alberto Rezzónico. Ofrecemos aquí una síntesis de su disertación.

Cooperadores, a las empresas

Quisiera saludarlos, si fuese posible, personalmente a cada uno de ustedes, a todos los que están y a todos lo que no están porque no han podido venir. Y tener un recuerdo para los que ya no nos acompañan físicamente. Antes de entrar al plano de las ideas, creo que es conveniente ubicarnos en el plano de nuestras mutuas relaciones personales de amistad. El Día Internacional de la Cooperación es un día de fiesta, y hay que celebrarlo con alegría aunque existan motivos para ponernos serios, porque las cosas que tenemos que decir son serias, lo que no quiere decir que debemos ponernos solemnes o tristes, que son cosas distintas. Los que llevamos mucho tiempo en estas lides, sabemos lo que cuesta trabajar en estos Movimientos, el tiempo que nos insume, lo que cada uno de nosotros transfiere a sus compañeros, a sus compañeras, a su familia íntegra. Y cuando tenemos esta posibilidad de hacer un alto, creo que merece la pena que nos reconfortemos mutuamente sabiendo que no estamos solos en esta lucha y que somos capaces todavía de dedicar buena parte de nuestro tiempo y de nuestra preocupación a trabajar por lo que muchos creen que no vale la pena trabajar.

Yo, como ustedes advertirán, no tengo ni siquiera apuntes para seguir esta conversación, que eso quiero que sea, no una exposición ni un discurso, sino un simple reflexión sobre el momento en que nos encontramos, mientras esperamos el plato fuerte de esta reunión que es la actuación de la señora Teresa Parodi.

Al límite de nuestra existencia

Es necesario ubicarnos ahora en lo que significa el Día Internacional de la Cooperación : llevamos más de setenta celebraciones – setenta y cinco, para ser más precisos- de esta fecha instituida por la Alianza Cooperativa Internacional y recién apenas dos de la convocatoria que con el mismo motivo hace la Organización de las Naciones Unidas, que a partir del Centenario de la Alianza, ha querido sumarse también a esta efemérides. Por lo tanto, esta convocatoria ya no es solamente cooperativa, ya no es producto, únicamente, de la decisión de una estructura institucional de cúpula del Movimiento Cooperativo a nivel internacional, sino también un llamado que hacen las propias Naciones Unidas para que el mundo entero reflexiones sobre la propuesta y la realidad cooperativas, en un momento preciso del año y todos los años. El propósito de la Alianza primero y de Naciones Unidas ahora, al instituir el Día Internacional de la Cooperación, ha sido y es el de permitirnos reconocer nuestro común propósito en todo el mundo, e invitarnos a reflexionar sobre lo que nos convoca, sobre lo que nos preocupa y sobre nuestras perspectivas futuras.

Y toda reflexión, si aspira a ser considerada tal y no una simple especulación abstracta, debe enmarcarse en la realidad. Ese marco no está dado solamente por el estado de la propia actividad, sino también y principalmente por las circunstancias globales, generales, en las cuales esa actividad tiene que desarrollarse. Por eso es que tanto la declaración de la Alianza Cooperativa Internacional, como la de Cooperar y la del propio Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos que se han leído previamente, contienen una descripción, una pintura del momento histórico en el que nos ha tocado celebrar este nuevo Día Internacional de la Cooperación.

Y diría que, hoy más que nunca, tenemos que hacer hincapié en esto, no porque en otros momentos no se haya necesitado hacerlo, sino porque lo que nos acontece actualmente es extremadamente particular, al punto tal de ponernos en el límite de nuestra propia existencia y consistencia. Nunca como en este momento ha sido tan crucial para el movimiento cooperativo solidario reflexionar sobre lo que le pasa, para poder subsistir como Movimiento. Ya no para tener cantidad de entidades. Ya no para verificar si esas entidades están aisladas, o conforman un Movimiento unido. Tampoco para ver cuál es la magnitud económica de ese Movimiento en comparación con otras formas de ejercicio de la actitud económica, sino sustancialmente para ver si podemos existir como experiencia solidaria, o tenemos irremediablemente que desaparecer o transformarnos en una cosa distinta.

Cuestión de identidad

Los últimos 20 años de la historia de la humanidad han sido productores de cambios que, a veces, nos cuesta entender y asumir, y por lo tanto adaptarnos a ellos. La propia Alianza, como ámbito apropiado para discutir este tipo de cuestiones, en estos 20 años nos han estado invitando permanentemente a hacer este ejercicio y, sin embargo, tenemos que reconocer que todavía no nos alcanza, no ha sido suficiente. Un hito fundamental, un momento clave en esa reflexión colectiva, ha sido el Congreso de Manchester, el Congreso Centenario de la Alianza, celebrado hace dos años, en el '95. Y tampoco de allí ha podido surgir una orientación unívoca. Es decir, hoy dentro del Movimiento Cooperativo, en el ámbito internacional, conviven corrientes de opinión que, partiendo de la misma idea cooperativa, proponen distintos caminos para resolver sus dificultades actuales. Caminos que pueden, en algún momento, hasta ser antitéticos y que nos ponen frente a la necesidad de enfrentar estas opciones trascendentales a las que me refería. La propia Alianza Cooperativa Internacional, que nunca había dado una definición de cooperativa, para abrir realmente un paraguas muy amplio que cobijara a todas las experiencias que se consideren tales, con el único requisito de respetar ciertos principios básicos, se ha visto forzada en esta oportunidad, no solamente a dar una definición conceptual, sino también a brindar una serie de orientaciones que permiten, unidas, constituir el primer documento de identidad cooperativa que surge a ese nivel.

El tema de la identidad, entonces, está en la esencia de esta celebración. Creo que a lo largo y a lo ancho del mundo hoy, lo que se reflexiona, o sobre lo que se va a hablar, los documentos que se van a publicar como consecuencia de tales reflexiones, van a estar centrados en este tema de la identificación de nuestra propia personalidad. Y es lógico que así sea.

Uno de los teóricos contemporáneos más importantes del cooperativismo a nivel internacional, el Sr. Sven Åke Böök¹, que fue quien elaboró el informe que discutió la Alianza

(1) El Sr. Böök (Cooperativa Forbundet, Suecia), ha trabajado para el movimiento cooperativo desde que era estudiante universitario, y en un Comité de Investigaciones de la ACI desde el año 1984.

el Congreso de Tokio del año '92, hizo una enumeración de las características más importantes que en la economía del mundo se vivenciaron en estos últimos 20 años. En esa síntesis no pudieron estar ausentes: el hecho de la implantación casi homogénea- que recién ahora parece comenzar a ser cuestionado- de las ideas monetaristas en la organización de la economía de la mayoría de los países del mundo, sobre todo de los de punta; la generación de una masa financiera internacional, que no tienen identificación expresa con ningún país y que se reproduce automáticamente en forma exponencial, pero que va perdiendo cada vez más contacto con la economía real. Esa masa que crece y que se mueve con libertad, no garantiza que se vaya a aplicar a la producción de los bienes y servicios que todos nosotros necesitamos para vivir decentemente; por el contrario, es un factor de especulación que, para los países periféricos como el nuestro tienen, todavía, efectos secundarios como, por ejemplo, nuestra exposición al endeudamiento externo, que es cada vez mayor a pesar de los arbitrios utilizados para reducirla, como ha sido la capitalización de deuda mediante venta de empresas del Estado. Exposición que no es solamente económica, es decir, nosotros no estamos dejando parte importante de nuestro esfuerzo colectivo en esa canasta, sino que estamos resignando la posibilidad cierta de ejercer nuestra independencia política a través de la aplicación de políticas económicas adecuadas, que todo país independiente tiene el derecho de ejecutar, por los condicionamientos que imponen los "acuerdos" de renegociación.

Billetes sin patria

No podía tampoco estar ausente en esa enumeración la proliferación de instituciones, a nivel internacional, dedicadas al fomento del crédito; la resignación del papel del Estado en función de las empresas capitalistas, que no solamente deciden su propia suerte, sino que deciden también las orientaciones económicas, las políticas de inversión y, paralelamente, la desinversión en las políticas sociales; el tema de la inflación, de la alta de interés, el de los mercados nacionales que facilitan la traslación de estas masas de capital sin ningún tipo de límite, o de cortapisa; la cada vez mayor competencia por la captación de los ahorros populares, y así podríamos seguir...

En ese clima, es en el que se desenvuelven las cooperativas: una experiencia empresaria que no apela al mercado abierto de capitales, una experiencia económica que pretende nutrirse del esfuerzo de cada uno de los que la integran, que pretende nutrirse del esfuerzo de cada uno de los que integran, que no promete ganancia sino servicios. La pregunta es entonces: ¿puede subsistir un sistema así, dentro de este otro? ¿es posible tener y generar empresas basadas en estos principios, que puedan mantenerse en un mercado que arrasa con todo lo que se le pone enfrente, en aras de una concentración cada vez mayor? ¿de dónde van a salir los recursos de estas empresas, cuyos integrantes no poseen capitales en cantidad, y cuya capitalización es producto del esfuerzo colectivo, es decir, de la ganancia paulatina volcada a fortalecer la propia empresa, cuando se mueven en mercados internos que son cada vez más pobres? ¿Existe alguna posibilidad para las cooperativas de aprovechar los mercados regionales? Las respuestas son difíciles, realmente. Por eso dije que los problemas son serios.

Dar respuesta

Para resolverlos aparecen algunas respuestas: una es absolutamente ideológica: sigamos siendo lo que fuimos siempre, y no cambiemos para nada. Cada vez que escucho esa postura, pienso en aquella vieja película de Búster Keaton que se hunde con el barco

del que era capitán, haciendo la venía. Nunca los verdaderos cooperadores hicieron ó-dos sordos a las demandas del medio. La cooperación nació para responder a requerimientos concretos que la sociedad de cada momento impuso, y nosotros tenemos que tener respuestas para los nuevos desafíos, no podemos encerrarnos en una cáscara y no dar respuesta. No queremos morir con las banderas... pero tampoco queremos arriarlas.

La segunda respuesta es: cambiemos lo que molesta. Si el zapato me aprieta, pues me compraré otro zapato. Aunque no sea sólo más grande sino distinto. Si lo que me molesta es no poder acceder a mercados de capitales porque no les ofrezco una posibilidad de ganancias similar a la que puedan obtener en otro tipo de empresa, porque una cooperativa no es una empresa para especular, cambiemos las reglas del juego y pongamos otras que les permitan ingresar y especular.

Esto que parece una respuesta absurda desde nuestro punto de vista, no lo es tanto, desde el momento que quienes lo proponen no están en la vereda de enfrente, están en nuestra propia vereda. Si ven la necesidad y proponen esa respuesta, tendríamos que ver cuáles son las razones que tienen para ello, y cómo podemos combatir aquellas que nos parecen equivocadas proponiendo de otras soluciones mejores; nunca ignorando la necesidad. Por supuesto que muchas de estas propuestas aparecen como cantos de sirena, para inducir la posibilidad de saltar el cerco hacia otras formas societarias. En la República Argentina lo hemos vivido muy de cerca en la experiencia bancaria. Frente a las necesidades del sector se levantaron voces diciendo que nuestra legislación cooperativa es antigua, obsoleta, ideológica, y que habría que “aggiornarla”. Ante la primera oportunidad que tuvieron, dejaron el campo cooperativo para convertirse en sociedades anónimas.

Como ustedes saben, estos cambios no surgen de la noche a la mañana; esto es un proceso paulatino en el cual nos vamos mimetizando con el medio de tal manera que, cuando nos queremos acordar, ya no somos los mismos. Es un proceso muy lento que empieza, por ejemplo, con la convicción de que las cooperativas deben abrirse, deben dejar esa mutualidad tan estricta que las obliga a operar solamente con sus propios asociados y permitir la operatoria con terceros. Esa operatoria con terceros ya nos empieza a generar una serie de problemas específicos, técnicos, filosóficos y de relación con el Estado, sobre todo en materia impositiva, pero ya se dio el primer paso. Luego aparece la necesidad de considerar la situación de algunos asociados de cooperativas que dejan de utilizar los servicios que la cooperativa presta, por distintas razones: Campesinos que destinan sus tierras a otras aplicaciones, que dejan de ser productores; obreros que dejan de ser obreros para jubilarse, pero que quieren mantenerse en contacto con su cooperativa mediante una asociación efectiva, para los cuales hay que crear una especie de membresía especial que les permita ser asociados, sin ser usuarios. Entonces ya tenemos usuarios que no son socios y socios que no son usuarios. Y estos asociados que no son usuarios, si bien no tienen derecho a participar del excedente de gestión porque no operan, sí pueden ser retribuidos en sus aportes y tienen derechos políticos: de voz y quizá de voto por ser asociados. De allí al hecho de vincular la retribución del aporte con el resultado de la gestión, hay un pequeño paso técnico pero un enorme salto cualitativo, como el de los astronautas que descendieron en la luna. Y ya lo estamos comenzando a dar.

Como los panes y los peces

De manera que una oposición, si es que debemos hacerla, a esa corriente de opinión, requiere de mucha madurez reflexiva y de mucha practicidad organizativa. La suerte del

Movimiento Cooperativo no se libra más en el plano de la abstracción doctrinaria; ya no podemos predicar las bondades de nuestra empresa cooperativa, las tenemos que mostrar, tenemos que generar una empresa social, viva, buena y, en la medida de lo posible, mejor que las otras formas de organización empresaria. Pero con la promoción ideológica, que nos ha alcanzado para protagonizar nuestro Movimiento quizá hasta hace 15 años atrás, con la reivindicación de que la solidaridad como valor en sí mismo apetecible y por el cual vale la pena trabajar, sí no está reflejado en una empresa que viva y se nutra de esos valores, no vamos a ser capaces de subsistir; mucho menos de convencer. Por lo tanto, si nuestra debilidad individual se subsana muchas veces con la fuerza del conjunto, también nuestra debilidad como empresa se subsana con la fuerza de la integración. Acabamos de escuchar y participar de un seminario organizado por Cooperar hace poco, que contó con la presencia de cooperadores extranjeros que fueron los expositores. Y ahí vimos claramente reflejadas estas dos tendencias: la que propone cambios cualitativos en materia de capitalización a pesar de la incerteza acerca de cuál será el resultado final (podemos tener buenas empresas pero no sabemos de qué tipo), y la que podríamos calificar como más prudente y apegada a la orientación de la Alianza, que viene afirmando la necesidad de integrar esfuerzos, de ser creativos: hay que mostrar otra cara, se acabaron los compartimientos cerrados, se acabaron las experiencias solidarias, y no se acabaron por capricho, se acabaron porque si no, corremos el riesgo de sucumbir. El Movimiento tiene que mostrarse unido, pero no solamente en el ámbito institucional; tiene que mostrarse unido en el ámbito operativo. Tenemos que ser capaces de generar actividad económica conjunta, tenemos que reciclar nuestros fondos de manera tal de hacerlos fructificar y reproducirse como los panes y los peces, para poder estar en condiciones de asistirnos, de alguna manera, de los recursos que necesitamos sin necesidad de abrir nuestras puertas al capital especulativo gestor de una experiencia empresaria totalmente distinta.

Afortunadamente, hemos escuchado también a algunos estudiosos de estos temas, sobre todo en los países que nos llevan alguna ventaja en tiempo de realización (porque ellos hacen las reformas y nosotros después las copiamos), gente cuya formación teórica y conocimiento práctico de la realidad cooperativa los pone en condiciones de opinar con seriedad. Tanto el profesor Münkner de la universidad de Marburgo en Alemania, como el profesor Dabormida de la universidad de Génova en Italia², no solamente dan una opinión negativa respecto de esta orientación a permitir el acceso de capitales de riesgo en las cooperativas, sino que advierten que por más que se modifiquen las legislaciones, en la práctica no cambia nada, porque los cooperativistas no se muestran dispuestos a seguir ese camino, ni los capitalistas saben qué hace en estructuras que todavía no le ceden la dirección absoluta del proceso económico empresarial. Esos valores accionarios que las cooperativas pueden llegar a emitir no tienen todavía ámbitos institucionales donde coticen y se intercambien, de manera que la supuesta liquidez que asegurarían no es todavía tan clara, lo que dificulta la inversión; y lo que es peor, las cooperativas que inician este camino, terminan convirtiéndose en sociedades anónimas.

El programa histórico

Pero no porque sepamos eso debemos quedarnos tranquilamente cruzados de brazos, porque tenemos la obligación, reitero, de generar otras opciones. Para ese fin, desde esta

⁽²⁾ *Hans- H Münkner es Director del Instituto para la Cooperación con los Países en Vías de Desarrollo de la Philipps- Universität de la ciudad de Marburgo, Alemania, y el Profesor Renato Dabormida de la Universidad de Génova, Italia, es Presidente de la Asociación Internacional de Derecho Cooperativo*

institución que representamos, desde este Instituto que durante tanto tiempo hemos tratado de fortalecer cada uno de nosotros, con trabajo y esfuerzo, contamos no solamente con una experiencia práctica, sino con un programa histórico que no está cumplido todavía, y que es tan actual y convocante como cuando fue formulado por vez primera. Ello nos obliga a volver hacia atrás, a abrir el cajón, rescatar ese programa y ofrecerlo al conjunto del Movimiento Cooperativo Argentino. Y no exclusivamente para satisfacción de las necesidades del sector, sino porque éste es un Movimiento que se siente vinculado entrañablemente a la suerte del país, a la suerte de la Patria.

Tenemos una obligación para con el Movimiento, y tenemos la obligación, también, de construir un país más desarrollado, y más justo en términos de distribución del producto. No podemos bajar la guardia en momentos en que se reclama de nosotros actitudes positivas. No estamos convocando acá para derrotar gobiernos dictatoriales como tuvimos que hacerlo en otro momento. No ponemos hoy al conjunto de las cooperativas vinculadas al Instituto en marcha para reconquistar la democracia perdida, ni convocamos al Luna Park, para exteriorizar ese objetivo y plantear públicamente nuestras reivindicaciones. No tenemos hoy el imperativo de reconquistar la democracia política, pero hemos aprendido otras cosas: alcanzamos esa orilla pero el bote es el mismo, las políticas son las mismas y que los mecanismos democráticos también tienen dificultades para expresar la voluntad popular porque a través de ellos perduran, conviven, y se acreditan intereses que medran con cualquier régimen de gobierno, democrático o no. Ese cambio de contenido y no sólo de gobierno, democrático o no. Ese cambio de contenido y no sólo de formas, no se hace desistiendo de la política, se hace participando en política. Pero nosotros no somos políticos, esto no es un partido político, esto es un Movimiento económico solidario, y nosotros hacemos esta patria a la que aspiramos construyendo empresas solidarias.

Cambiamos de cara, pero no de sustancia

Es cierto que ha habido también, desde la vertiente teórica, un vaciamiento ideológico del Movimiento Cooperativo, al acentuarse aspectos de gestión empresaria (necesarios pero no exclusivos) y suprimir los contenidos de reforma social ínsitos en la filosofía cooperativa; pero para poder realmente devolver su lugar a los principios en forma seria y permanente, tenemos que vivirlos en la práctica. No vamos a poder hacer carne, en nosotros ni en otros, la eficacia práctica de esos principios, si no los demostramos con realidades. Si alguna vez alguien llamó a los argentinos a dejar de hablar, y a construir, y dijo: *argentinos, a las cosas*, creo yo que el grito de batalla en este momento es: **cooperadores a las empresas**, pero con esta salvedad: no queremos empresas eficientes que no se distingan de otras, queremos empresas solidarias, queremos empresas cooperativas, queremos genuinas empresas populares, queremos que se vivencie esta nueva sensación que se tiene cuando se trabaja por algo propio que, al mismo tiempo, es positivo para los demás.

Y esto que digo no es novedoso, no es algo que nos ocurra a nosotros hoy, sino que se reitera permanentemente a través de la historia. ¿Por qué? Porque así como la gente suele dilapidar la fortuna que le dejen los padres, también los movimientos históricos pueden dilapidar las ideas y las experiencias de sus fundadores. Ese es el drama de las grandes revoluciones en todos los tiempos, es el drama de todos los grandes Movimientos, y es lo que ya Maquiavelo recordaba cuando se refería a las iglesias, a los credos, que él llamaba “sectas” *cada tanto tiempo todas las sectas tienen que volver a los principios que le dieron origen, porque si no, se debilitan y mueren*. Y nosotros tenemos

que hacer lo mismo. Tenemos que volver, una y otra vez, a los principios que nos dieron origen, porque si no, corremos el riesgo de debilitarnos y morir.

Por eso sostenemos con convicción que desde el Instituto Movilizador no estamos con las manos vacías para afrontar estos retos: tenemos un programa que propuso en su momento la unidad completa del Movimiento Cooperativo Argentino a través de un sistema de manejo colectivo de los fondos generados con la actividad cooperativa en sus distintas ramas y regiones del país que, si en aquel momento no se entendió, la necesidad va hacer que se vaya entendiendo cada vez más en estos momentos. Tenemos una gran experiencia práctica, hemos sufrido bastante. Y hemos cambiado de cara, pero no de sustancias. Quizá no tengamos 300 cooperativas, pero tenemos 300 o más, no interesa la cantidad, lo que importa es el concepto, de Bancos Cooperativos. Lo que antes era independiente hoy está integrado, pero sigue estando. Y hacer subsistido en este clima adverso, ya eso solo sirve para que rescatemos algo positivo de nuestra experiencia.

Con esa convicción, reitero, encaramos esta celebración: estamos contenidos porque estamos juntos; estamos mucho más contentos porque sabemos que seguimos con las ideas y las orientaciones de aquellos con quienes nos formamos y que nos es útil, y estamos dispuestos a seguir construyendo este Movimiento, estamos dispuestos a conquistar de nuevo la herencia que nos dejaron los que nos procedieron, para poder entonces sí, hacerlo nuestro. Y puede ser que, entonces sí, estemos en condiciones no de reunirnos acá, sino de volver a llenar otra vez, como en las viejas épocas, más de un Luna Park.